

Entendemos que la escritura es una actividad artesanal y creativa. Por eso durante el año realizamos distintos ejercicios de escritura para pensar a nuestros objetos con los autores que hemos leído. El objetivo es escribir sobre objetos (in)útiles y generar así, escritos (in)útiles.

*Kopitoff, Igor (1986). "La biografía cultural de las cosas: la mercantilización como proceso". En: Appadurai (1986) La vida social de las cosas. Perspectiva cultural de las mercancías. México, DF: Editorial Grijalbo.

¿De dónde proviene la cosa y quién la hizo? ¿Cuál ha sido su carrera hasta ahora, y cuál es, de acuerdo con la gente, su trayectoria ideal? ¿cuáles son las "edades" en la "vida" de la cosa y cuáles son los indicadores culturales de éstos? ¿Qué sucederá cuando llegue al final de su vida útil? (Kopitoff, 1986: 92)

Biografía de mi taza (Jazmín Ohanian, Julio 2018)

Definitivamente, el objeto que tengo delante de mí es una mercancía. Está arriba de mi escritorio gracias a una transacción económica (objeto por dinero). Al lado de mi objeto tengo el texto de Kopitoff que, de manera muy provocadora, me permite leer que mi primera oración y descripción es propia del sentido común del cual me quiero alejar. Si las cosas adoptan un valor dependiendo de la economía moral que las singulariza, la atención para describir y definir mi objeto debe estar en el cómo y cuándo (y según quienes) "eso que tengo arriba del escritorio" se convirtió en mercancía y cuándo dejó de serlo. Voy a intentar entonces, pensar en la biografía de mi objeto para entender los procesos y las manos por los cuales atravesó hasta llegar a mí.

Mi objeto es una taza. Es blanca y no tiene ninguna marca de dónde fue fabricada. Busco en todas sus caras y no veo ninguna señal de su fabricación ni alguna indicación de su material. Tampoco logro identificar el material de la misma, no sé si es cerámica o algún otro material duro. No es de lata ni de metal ni de vidrio ni de plástico. Supongo que es cerámica, pero de puro sentido común. Mide unos 10cm de alto y no sé cómo calcular el diámetro pero hice entrar una pelota de tenis y entra bien. Mi puño cerrado ya no entra, pero creo que no entra en ninguna de mis tazas, salvo un tazón gigante que no se usa casi nunca. Tiene un asa bastante más gruesa que el resto de las tazas de mi casa. Pero su particularidad no es el tamaño ni el asa sino que tiene una imagen/foto impresa del frente del edificio "cuatro columnas" de la Escuela de Mecánica de la Armada. Creo que en la mayoría de las casas, las tazas en general se usan para tomar líquidos calientes (sopas, mates cocidos, café o nesquik) y suelen formar parte de una serie, donde no están singularizadas o personificadas. Se me viene a la cabeza una reunión social donde se ofrece café y en la mesa todas las tazas son iguales. Pero también conozco a mucha gente (mi marido incluido) que tiene "tazas preferidas" que fue comprando o le han regalado para "tomar su te". Debo confesar que yo hago lo mismo con mis tazas de café, generando en nuestra alacena una varieté de colores, formas, antigüedades, materiales y diseños que nada tienen que ver con "tazas estandarizadas". Es una fiesta de tazas. Dependiendo el invitado, también elijo qué taza darle. (Salvo el juego de 6 tazas blancas con platito que me regaló mi suegra

para que pueda servir el café de “manera prolija”, tal cual ella dijo). Pero la taza que tengo al lado mío no la comparto. La uso, pero desde que la tengo conmigo, la frecuencia cambió mucho: pasé de no usarla nunca a tenerla como “una taza más”.

Llegó a mis manos durante mi primer día de trabajo de campo en octubre del 2013. La compré por \$40. Me la ofreció Miguel, su fabricante, a quién conocí ese mismo día unas 2 hs antes de comprarle la taza. Ese día fue la celebración del aniversario de creación de la Escuela de Mecánica de la Armada y allí conocí a los “ex alumnos de la ESMA”. Ese fue el día que mi “taza de la esma” se sumó a la colección de tazas singulares de mi alacena.

Miguel estaba vendiendo tazas con distintas imágenes. Yo me acerqué a él por curiosidad sobre esas cajas que tenía arriba de la mesa pero sin saber de qué se trataban. Al abrirlas, me comentó que las vende en todo el mundo y que a veces los ex alumnos eligen los logos a inscribir en la taza que pueden ser promociones, escudos de armas o dibujos de fragatas. La taza tiene el mismo material, pero la imagen no es la misma. ¿Cuánto de esta impresión tiene de “impresión” sobre el objeto y la experiencia al cual remite? ¿Esa experiencia la pienso sobre el pasado, el presente o el futuro? Cada taza tendrá un uso diferenciado: algunas las usan para beber, otros para mostrar en sus vitrinas sobre la ESMA, otros las regalan a compañeros de promoción que luego serán usadas como tazas para beber o como exhibición. No es una obviedad, pero el uso supera al material y la función del objeto. Al igual que yo a veces uso pero nunca comparto mi taza de la ESMA, ellos quizás tampoco lo hacen.

Pero como todos los objetos, aun los que tienen en su biografía algo de mercancía, significan por las relaciones sociales que lo construyen, habilitan su exhibición, invitan su ocultamiento o simplemente no son comprados en el aniversario de la ESMA.



(Fotografía de Jazmín Ohanian. Archivo personal)

**Biografía de mi auto de madera construido y pintado a mano por mí y mi hijo de 4 años.
(Lorena N. Schiava, Julio 2018)**

El objeto que elegí para realizar la biografía es un auto de madera que construí junto con mi hijo de 4 años en el marco de una jornada de construcción de juguetes de madera para padres e hijos que se realizó en marzo del 2018 en el barrio de Florida. Antes de comenzar la actividad el profesor invitó a los niños presentes a optar entre varios modelos de juguetes y les pidió que elijan maderas de entre tres pilas de retazos y cortes de diferentes tamaños. Guiados por el profesor, primero cortamos entre los dos las maderas de acuerdo al tamaño del auto que queríamos hacer y luego cada uno lijó los bordes antes de unir las partes con cola y clavos. Una vez que quedaron fijas agregamos las cuatro ruedas y probamos que giraran bien. Al final del taller armaron un espacio para que cada uno pudiera pintar su juguete.

Cuando terminó la actividad lo trajimos a casa, mi hijo estaba muy emocionado de jugar con algo que él mismo había construido. Jugó con el auto unos días hasta que terminó perdido en un baúl junto con otros juguetes más viejos. Estuvo ahí hasta que lo (re)descubrí un día y decidí sacarlo y ponerlo en una repisa de la cocina de nuestra casa: el espacio más habitado y transitado en una suerte de altar que me di cuenta se había armado con otras manualidades de mis dos hijos. Ahí el auto tenía un lugar de exhibición especial, como un objeto importante. Era más que un juguete de madera; era un objeto que reivindicaba lo artesanal, hecho de un material noble, construido junto con mi hijo en un evento único. Era, por lo tanto, una creación cargada de afecto, historia, de nuestra historia. Todo esto lo convertía en un objeto diferente de esos otros ya que yo sabía que no lo iba a regalar ni a tirar sino que lo iba a atesorar. Hay algo de los dos en ese objeto, tiene inscripto un relato. Este auto de madera pasó a ser para mí algo más que un adorno mientras que para mi hijo todavía es visto como un juguete; aunque uno diferente porque sabe lo creó con sus manos.



(Fotografía de Lorena Schiava. Archivo personal)